LA GRANJA ARMERO EL DÍA Y DESPUÉS DE LA AVALANCHA

En el marco de la luctuosa efemérides de los 40 años de la Avalancha que sepultó Armero, el Archivo Histórico del Departamento, Universidad del Tolima, damnificados, gremios y estudiantes, asistieron a una serie de conferencias los días 10, 11 y 12 de septiembre de 2025 con prestigiosos y destacados profesionales del sector, unos jóvenes inquietos por la historia de lo ocurrido, y otros, especialistas que ocupaban importantes cargos en institutos oficiales con injerencia y responsabilidad en la prevención de eventos naturales, acciones poco conocidas en los días previos a la avalancha.

Existen evidencias y narrativas confiables de informes basados en monitoreos del volcán Arenas, presentados oportunamente con rigor científico y gran credibilidad, pero sin la posibilidad de una difusión rápida e inmediata; la enorme y vistosa fumarola que crecía de manera progresiva y cambiaba de rumbo hacia Caldas o Tolima, dependiendo de la dirección de los vientos; los crujientes ruidos sentidos por campesinos vecinos del nevado; los pastos que al amanecer estaban cubiertos de cenizas y los animales evitaban su consumo por pérdida de palatabilidad, lo que obligaba al éxodo del ganado, visible por las lomas del cañón del río Azufrado, hasta zonas bajas y lejanas al volcán. Esta actividad fue más publicitada, comentada y visible que la posibilidad de evacuación de la población.

La inercia e inactividad oficial, apalancadas por la irracionalidad política y las recientes y escandalosas noticias de la dolorosa toma del Palacio de Justicia, restaron importancia y prioridad al evento natural más desastroso de los últimos tiempos. Además, se prohibió la difusión de supuestas falsas alarmas, llegando incluso a encarcelar a quienes, con megáfono en mano, recorrían a pie las calles de los municipios alertando a la población sobre una posible inundación por la ruptura del tapón de la represa del Sierpe, formada en el cauce del río Lagunilla, muy cerca de su llegada a Armero. La naturaleza gritó veinte días antes de la avalancha, pero nadie escuchó. Es contradictorio hablar de desastres naturales que, en esencia, no lo son, los convierte el hombre, y eso fue lo que ocurrió en la Ciudad Blanca.

El incremento progresivo de muertos en las erupciones de 1595, 1625 (con 600 víctimas) y 1845 (con 1.000) constituye el mayor argumento para haber tenido más cuidado, una prevención más eficiente y haber evitado que en 1985 la cifra alcanzara entre 25.000 y 30.000 entre desaparecidos y muertos. En conclusión, el volcán avisó y lo hizo con la suficiente anticipación como para haber mitigado o evitado semejante tragedia.

En la clausura del evento, la Universidad del Tolima, en mi condición de docente de tiempo completo y de manera indirecta favorecido por el azar del destino que salvó mi vida y la de mi familia, adquirió el compromiso de entregar listados de estudiantes de IX semestre B-1985 que hacían su práctica en La Granja de Armero y de aquellos que, por sus turnos en las producciones, estaban esa fatídica noche en sus instalaciones, protegiéndose apresuradamente en los corrales de los porcinos, sitio preseleccionado como seguro por ser

el más alto alrededor de la Granja. Los otros estudiantes habían viajado a Ibagué, donde saldrían de la sede central el jueves temprano, una vez llegaran los de Armero hacia Las Pollitas Ltda. (Girardot).

El listado aproximado de estudiantes del IX semestre B-1985 en la Granja de Armero fue obtenido de las actas de grado 117 (07/03/1986) a la 128 (06/03/1987); información de egresados de los semestres A y B de 1986 y 1987; valiosos aportes del grupo de WhatsApp dirigido por el Dr. Efraín Géneco; datos de los Dres. Adolfo Viña, Ximena Ospina, Martha Lucía Avilés, Martha Lucía Salazar, Amparo Rojas, Héctor Vargas, Luvín Huertas y otros, que con valiosas fotografías nutren y soportan lo narrado. Es factible que, por la contingencia, la manualidad operativa de los procesos académicos y las dificultades derivadas de la acumulación de eventos de última hora, algunos estudiantes aparezcan en el listado B-1985, pero en realidad ya habían cursado el semestre A-1985 y realizaban sus pasantías en explotaciones pecuarias cercanas a la Granja.

Debe tenerse en cuenta que en los archivos de la UT no aparecen listados discriminados por actividad; la información académica estaba registrada individualmente en grandes carpetas con los semestres del I al X, cursados, aprobados y con notas registradas a mano. Además, es factible que durante un fuerte invierno sobre las instalaciones del antiguo archivo auxiliar de la UT, sede del ICAB, gran cantidad de documentos se mojaron, se borraron y, por la dificultad para interpretarlos, fueron dados de baja por la Universidad.

ESTUDIANTES MATRICULADOS SEMESTRE B-1985 GRANJA ARMERO

Luvín Huertas Combariza

Martha Lucía Avilés

Harvey Rodríguez

César Guio (Q.E.P.D.)

Martha Lucía Salazar Moreno

Martha Patricia Díaz Gutiérrez

Orlando Meneses Peña (Q.E.P.D.)

Silvio Sigifredo Rosero

Jorge Erick Fuentes Liévano

Sandra Ximena Osma Sarmiento

José Antonio Vaca Bello

Daniel Adolfo Viña Caycedo

Jaime Iván Bonilla Jassir

Alfonso Carvajal Oliveros

Harvey Rodríguez Ortiz

Carlos Enrique Cubillos Castro

Sigifredo González Parra

Oliverio Gutiérrez Cruz

Óscar Alberto Parra García

Olga Lucía Rubio

José René Cruz

Fernando Torres

Martha Inés Rengifo Villalba

Guillermo Leyton

Carlos Leonardo García Hewit

Germán Izasa

Del grupo anterior, ellos mismos y sus compañeros han confirmado los estudiantes que, por sus turnos, estaban la noche de la avalancha en la Granja y más tarde en la Porqueriza; información confiable que no tiene soporte en los listados de la Universidad, pero sí en la narrativa de los que vivieron la tragedia.

Martha Lucía Avilés

Daniel Viña Caicedo

Carlos Enrique Cubillos Castro

Harvey Rodríguez Ortiz

Jorge Erick Fuentes Liévano

Los estudiantes se convirtieron en la primera línea de atención de emergencia, participando activamente en la recepción de personas cubiertas de barro que llegaron por sus propios

medios, tal vez, arrastrados y empujados al cauce de la quebrada Santo Domingo y desembocadura en el rio Sabandija. Personas rescatadas, lesionadas, heridas y fallecidas que fueron enterrados o incinerados cerca de donde se encontraron, para evitar contaminaciones cruzadas con personas sanas. Varios fueron atendidos por los estudiantes en primeros auxilios: baño antibarro difícil de quitar; aplicación de medicamentos básicos como desinfectantes, hidratantes, antibióticos, analgésicos, antinflamatorios; inventario del botiquín veterinario para la atención y tratamientos de los porcinos. Lo anterior está perfectamente narrado en el libro de Carlos Orlando Pardo Rodríguez "*Los últimos días de Armero*" en el capítulo "La primera brigada de rescate", Edición de Plaza & Janés (1986) y segunda edición de Pijao Editores (2025).

La dolorosa versión de un estudiante de agronomía, contando que, al día siguiente, intentó labores fallidas para llegar hasta su casa paterna, haciendo el recorrido por la parte alta de la Granja hasta la entrada de Armero. Desafortunadamente, no pudo pasar por la cantidad de barro sobre la explanada y, ante el dantesco panorama sobre toda la superficie, nunca pudo encontrar a sus padres (Q.E.P.D.).

De acuerdo a datos de pilotos que llevaron comida e insumos de primeros auxilios a la Granja, la Porqueriza fue refugio temporal de aproximadamente cuarenta personas, hasta que fueron rescatadas. La permanencia, orden y control de las actividades, estuvo dirigida y coordinada por el docente Dr. Álvaro Bonilla París, quien había participado en conferencias y actividades de rescate en emergencias por inundaciones, aunque sin imaginar el calibre de desastres naturales como el presentado.

DE LA ESPERANZA A LA ANGUSTIA

En diciembre de 1984, la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia abrió convocatoria para docente de planta en las asignaturas Producción Avícola y Producción Porcina, con sede en La Granja de Armero. El perfil y las áreas específicas de la convocatoria favorecían mi hoja de vida por el desempeño que había tenido durante diez años en importantes cargos en los sectores público y privado, alcanzando el cargo de Coordinador Pecuario del Estado Portuguesa, Venezuela. Estas fortalezas, por el auge económico que vivía el país vecino, lo ubicaron en los primeros puestos en ambas producciones, aventajando ampliamente la producción nuestra y la de otros países latinoamericanos. Luego, tuve notoria ventaja en las pruebas de selección, y fui elegido docente de planta de la Universidad del Tolima, para la Granja de Armero, tomando posesión el 7 de marzo de 1985, iniciando mi vida académica a la que, por vocación, siempre aspiré.

El reto fue duro, porque, con anuencia de las directivas de la UT y del Instituto Agrario Nacional de Venezuela, dividía la semana: tres días en Armero y tres en Acarigua, mientras

entregaba el cargo oficial administrativo en el país vecino. El primer semestre de 1985 fue de muchos retos, grandes lecciones y realizaciones; pero lo más relevante, haber alcanzado el sueño de quienes, por vocación, logramos tan alto honor.

Normalizada la actividad docente en La Granja de Armero e iniciando el semestre B-1985, todas las funciones, obligaciones y compromisos se cumplían con alegría y responsabilidad. A pesar de la "novatada" como docente, que requería jornadas de hasta de diez horas en la preparación de los temas para una clase de dos horas, comprobando que la docencia universitaria exige más vocación y sacrificio que cualquier otra actividad. El común denominador para los que iniciamos la carrera docente era el carácter empírico del oficio, hasta que la Universidad fue dando paulatinamente la posibilidad de acceder a cursos de educación continuada, postgrados nacionales e internacionales, hasta lograr la planta docente de excelente calidad que tiene actualmente la Universidad del Tolima.

A pesar de todo lo bueno y del equilibrio emocional que para mí representaba la docencia, en ninguna circunstancia ni en la remota idea imaginaba lo que estaba por llegar. Sin poder prever los obstáculos y dificultades que la vida presenta de un momento a otro, se produce el evento natural más trágico de la historia colombiana: la avalancha de Armero y sus consecuencias.

Un gran temor, miedo e incertidumbre me embargaron, porque tenía claro la condición de docente en prueba por un año y, de repente, el lugar de trabajo había desaparecido. Además, emocionalmente sentía profunda tristeza por todo lo que en tan corto tiempo había vivido y con profundas reflexiones sin obtener respuesta, sobre si había valido la pena haber cambiado la situación laboral y económica que tenía frente a la incertidumbre que planteaba la nueva realidad.

Varias anécdotas dolorosas, que en la narrativa contrastaban con la alegría de los rescatistas por la recuperación de un sobreviviente, marcaron profundamente mi memoria. La más impactante "que me quiebra emocionalmente cada vez que la recuerdo" es la de tantas personas con quienes compartí ese nefasto miércoles y que, pocas horas después, ya estaban desaparecidas.

El señor Luís Robles (Q.E.P.D.) asistente de campo de Agronomía, estaba en el sitio de repartición de las instalaciones (hoy aviso publicitario del CURDN frente a los paneles solares). Al saludarlo, me preguntó: "¿qué hace aquí, profesor?". Le respondí que al día siguiente viajaría con estudiantes a la práctica de Girardot. "Ah… porque el Dr. Pérez Novoa y Dr. Clodomiro Trujillo, cuando tenían esa práctica, iban a dormir a Ibagué y salían de la sede central", me dijo. Es importante aclarar que era la primera práctica que dirigía y no conocía la mecánica de los desplazamientos. Luís Robles falleció con sus tres niñas; sobrevivió su esposa con traumatismos y graves quemaduras. Recuperada, fue vinculada a la planta de aseo de la UT hasta alcanzar la pensión. Actualmente vive en la Ciudadela Simón Bolívar en Ibagué.

El Autor. Sitio que salvó vidas en la avalancha.

Esa tarde-noche, saliendo de la Granja, me crucé con la estudiante Martha Lucía Salazar, hija del Dr. Yesid Salazar, de la Facultad de Tecnologías, radicada en Armero con un bebecito recién nacido y la nana que lo cuidaba. Durante el día, en horas alternas, iba a amamantar a su niño y regresaba a sus clases en la Granja. Desde su carro me preguntó cómo era la salida para la práctica; le expliqué que el bus recogería temprano a quienes estaban en la Granja y al resto en la sede central, en Ibagué. Le dije: "Yo me voy a dormir a Ibagué y llego temprano a la U para seguir a Girardot". Replicó: "Entonces yo también haré lo mismo; dejo el niño con mis papás y llego a la U temprano". Así salvó su vida, la de su hijo y de la nana.

El Dr. Rafael Viana Patiño, agrónomo y docente de Agronomía, ibaguereño de distinguida familia de abogados, había contratado un profesor de natación para que sus tres hijos pequeños recibieran clases en la piscina de la Granja. Flotadores de cintura y brazos, paletas de pies, visores, caretas y tapones de oídos, completaban el equipo individual para enfrentar la avalancha que su padre divulgaba tercamente, porque "según él" iba a ser de agua, inundando toda la explanada. "Hay que enseñar a nadar a los niños", recomendaba constantemente a sus interlocutores cada vez que se tocaba el tema. Conservo la imagen

de los niños, el profesor y el padre que vigilaba, cuando iba al restaurante la víspera de la tragedia. Toda la familia murió (Q.E.P.D.).

Ese miércoles en la mañana, llegó la señora Rosalba Arévalo a mi habitación para hacer el aseo de rutina. Como no había terminado de preparar la clase del día, amablemente le solicité que lo hiciera por la tarde o al día siguiente. Con su amplia sonrisa aceptó, sin imaginar que al otro día no llegaría (Q.E.P.D.).

Saliendo de Armero, en la vieja bomba de gasolina frente al Club Campestre, cuando tanqueaba mi carro "más o menos a las 6:40 p. m.", llegó el Dr. Jorge Castellanos M.V. (Q.E.P.D.), profesor de Clínica de Grandes Animales. Poniendo el pie sobre el estribo de mi campero, manifestó contrariedad con su esposa, Susana, porque estaba tapando rendijas con toallas, sábanas y trapos mojados para evitar la ceniza que caía sobre Armero (lo comprobé en el parabrisas). Le recomendé que se fuera para la finca que tenía en Mariquita con cómoda casa familiar "estuve con él el día anterior haciendo cálculos de instalaciones, flujos y espacios para una futura porqueriza", donde podía pasar la noche sin contratiempos. Incómodo, refunfuñando y acariciando su poblado bigote, manifestó con palabras de grueso calibre "que ni por él putas" lo haría. Fallecieron ambos y sus tres niñas pequeñas.

El viernes 15 de noviembre de 1985, en horas de la mañana, en reunión citada por el señor rector Dr. Armando Gutiérrez Quintero, representante del gobernador, los comandantes de la VI Brigada y del Batallón Rook, las directivas de la UT y las facultades de Medicina Veterinaria y Zootecnia y Agronomía, se integró una comisión de profesores y directivos que serían trasladados en helicópteros desde Lérida hasta la Granja, para acompañar al personal que estaba en la porqueriza. El único requisito era suministrar las identificaciones de cada uno para asignar los cupos en la Brigada y poder subir a los helicópteros. Aparte del impacto emocional por lo ocurrido, y siendo padre de dos niños pequeños, superando el temor de profesor novato, manifesté enfáticamente que yo no iba, porque me encontraba bastante afectado. El decano de Veterinaria, Dr. Pérez Novoa, escogió a dedo al Dr. Juan Guillermo Barreto, que no había llegado a la cita. Concluida la reunión y saliendo de la Rectoría, entró con paso ligero, el Dr. Barreto preguntó por lo tratado. Al informarle de su designación, muy contrariado dijo: "¿Y por qué yo y no usted, que es el titular?". Le respondí: "Estoy muy afectado, con dos hijos pequeños; además, le tengo miedo a los muertos". Refunfuñando respondió: "¿Y a mí me vieron cara de sepulturero?". El traslado no se dio por vía aérea, y lo intentaron vía terrestre por Ibagué, Bogotá, Honda y Mariquita, sin lograr el cometido. Ese largo y traumático viaje fue prácticamente de dos días de recorrido.

A los dos días, y a altas horas de la noche, en la sede de la Cruz Roja Colombiana, recibí al estudiante Daniel Viña para llevarlo hasta la Universidad, donde se reencontró con sus padres, familiares, compañeros y amigos. Alegría confundida con llanto y lágrimas de

emoción; momento emotivo y conmovedor. Los que también lloramos, lo hicimos, presenciando ese inolvidable momento.

Cuando llegué a la Granja como docente proveniente de Venezuela "donde había vivido diez años", en varias ocasiones, con el Dr. Ricardo García (Q. E. P. D.) fallecido años después, buscábamos una casa de alquiler para instalarme con la familia una vez llegara el menaje del país vecino. Con insistencia y aprecio me decía: "No hagas eso, negrito; el clima, los jejenes y los zancudos no son condiciones para traer niños pequeños. Además, con la Universidad se tiene la flexibilidad de viajar los viernes y regresar los martes a las clases. Así lo hago y llevo muchos años de profesor sin inconvenientes". A pesar del consejo, conseguí una en alquiler con piscina para los niños, dos cuadras arriba del hospital. Alcancé a pagar tres meses de arrendamiento, devolviéndola sin cláusula penal, por el retraso en la llegada del menaje y la insistencia familiar de mi esposa para pasar navidades y Año Nuevo en Ibagué, con el compromiso de reiniciar la búsqueda al año siguiente. Definitivamente, la vida es incongruente: a unos pocos nos perdonó la muerte, pero a muchos, les quitó la vida sin misericordia.

En el CURDN existe un pequeño y olvidado mausoleo con un recordatorio difícil de descifrar, porque hasta las letras se borraron, con un listado de profesores, administrativos y operarios que fallecieron ese día. Considero que la Universidad está en deuda con los dolientes y que, para la fecha de los cuarenta años de la avalancha, debería restablecer el mausoleo con un acto especial en el CURDN, para expresar gratitud por el sacrificio que involuntariamente hicieron como miembros de la comunidad universitaria.

El texto dice:

"Con el respeto que nuestra involuntaria pero dolorosa ausencia inspira en los atribulados corazones de quienes sobrevivieron a la furia de la naturaleza y a la inmisericordia y egoísmo de los hombres, os tributamos este homenaje como compañeros de trabajo y amigos del alma."

ROSALBA ARÉVALO
JORGE CASTELLANOS, M.V.
MARCOS CASTRO, I.A.
LIGIA NÚÑEZ DE R.
UBALDINA LÓPEZ
DAVIS MELO
LUZ MARINA PERILLA
CARMEN R. RODRÍGUEZ
ENRIQUE RAMÍREZ
LUÍS EDUARDO ROBLES
GUSTAVO TOVAR CALA, I.A.
RAFAEL VIANA PATIÑO, I.A.

RAMIRO GONZÁLEZ V. (Odontólogo)
Noviembre 13 de 1986

El autor. Placa recordatoria empleados UT desaparecidos en la avalancha de Armero.

El autor. Estado actual de placa recordatoria de funcionarios desaparecidos en Armero.

RAMIRO MEJÁ GALLEGO.

PROFESOR UNIVERSIDAD DEL TOLIMA

EPÍLOGO

La Granja Armero desde su creación, ha sido un referente importante de las misiones y responsabilidades que le fueron asignadas. Inicialmente, como sede del Batallón Colombia en la época de la violencia política partidista que, afectó profundamente el norte del Tolima en las décadas 1950 y 1960. Posteriormente, con la fundación y funcionamiento de la Universidad del Tolima en 1945, buscando alejar a la juventud de los grupos al margen de la ley y motivando su preparación en actividades que sustentaban la economía regional, se iniciaron cinco años después, con las carreras de vocación agropecuaria: Agronomía, Medicina Veterinaria y Zootecnia e Ingeniería Forestal.

Presionados por la urgente e imperiosa necesidad de realización de prácticas de campo; además, de haber bajado a niveles mínimos las acciones de los grupos guerrilleros, los estudiantes de las primeras promociones junto con las directivas académicas y Gobierno Departamental, presionaron al antiguo Ministerio de Guerra, para que las instalaciones y toda la Granja, fueran cedidas en calidad de comodato por un espacio de veinte años que, al vencimiento y por ley del Congreso de la Republica, se titularon a la Universidad del Tolima, con la condición expresa de que el día que se alejara de sus aspectos misionales, sin poder venderla ni traspasarla, volverían a ser propiedad del Ejercito Nacional.

La Granja ha sido, es y seguirá siendo, un referente académico fundamental para el posicionamiento de la Universidad del Tolima en los primeros puestos a nivel Nacional de las carreras agropecuarias. El honroso comentario y felicitaciones de los jurados, exdecanos de las Universidades Nacional y Antioquia para la certificación de alta calidad del programa MVZ en 2015, manifestaron: “es lo que nosotros no hemos podido alcanzar, tener un semestre completo en un lugar, donde los estudiantes vivan y hagan sus prácticas académicas, conviviendo con los animales”. Luego, vale la pena reflexionar sobre: “todos nos la envidian y, nosotros que la tenemos, no sabemos qué hacer con ella”.

Para la época previa a la avalancha, era visitada y querida, por instituciones públicas y privadas a nivel superior. En sus mejores momentos, la ganadería de carne en convenio con el Fondo Ganadero del Tolima, alcanzaron quinientos novillos entre levante y ceba; ganadería de leche, de veinte a veinticinco vacas en ordeño; programa porcino con cuarenta hembras de cría, representando una población flotante de cuatrocientos animales en las diferentes fases; cuatro mil pollos de engorde y dos mil gallinas ponedoras que, hacían el inventario del sector pecuario para el desarrollo de las prácticas académicas.

Con la avalancha todo desapareció y hubo necesidad de hacer los semestres académicos a tiza y tablero en la Granja Las Brisas de Ibagué que, tenía algunos animales en el puesto de monta, propiedad de la secretaria de Agricultura del Departamento. También, se hicieron semestres académicos en modernos buses donados por Resurgir a la Universidad del Tolima

y, jocosamente entre los estudiantes se chanceaban diciendo que, ellos estudiaban en los buses de la UT.

El regreso a la Granja tres años más tarde, se hizo de manera paulatina en la medida que se iban restableciendo las instalaciones y animales de las producciones que, jamás han alcanzado los inventarios de antes de la avalancha. Fueron muchas las donaciones físicas como la Granja La Reforma de treinta y cuatro hectáreas saliendo de Guayabal a Mariquita, donde actualmente residen los estudiantes de Veterinaria y, están los programas de porcinos y ganadería de carne.

A pesar de las contingencias y dificultades que existen actualmente, es urgente apalancar los procesos académicos en las Granjas Armero (hoy CURDN, Centro Universitario Regional del Norte) y La Reforma, hasta lograr un verdadero centro de investigación y desarrollo, acorde con las modernas tecnologías que nos vuelvan a los puestos de vanguardia, de donde nunca, debimos haber salido.